

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario prosiguió su camino la vía de Nicaragua”

p. 206-210

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes
Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

que estando un día bailando cuatrocientos muchachos alrededor de aquel ojo de agua, y con ellos un viejo que les hacía son con un tamborilejo, cansáronse tanto y quedaron tan hartos y enfadados de bailar, que desesperados de la vida determinaron de echarse todos en aquel agua y ahogarse, y para que ninguno se pudiese escapar trujeron una sogá larga y fuerte, en que todos se ataron y encadenaron; arrojóse luego el primero, y tras él los demás uno tras otro, hasta que no quedó sino uno que se arrepintió y deseando vivir se desató y quedó libre; éste dicen que llevó al pueblo la nueva y fingió que todos se habían convertido en peces e iguanas, y por esta causa dicen que no los pescan, como queda dicho, y aun hay por allí quien diga el día de hoy que ha oído allí cerca de la fuente, de noche, tañer y bailar. Todo es imaginaciones, ritos y supersticiones antiguas de los idólatras, como también lo es llamar el aire a silbos cuando hace mucho calor y calma, como lo hacen algunos indios, los cuales porque alguna vez comienza a ventear cuando ellos silban, piensan que al silbo acude el viento.

[CAPÍTULO XXXVIII]

De cómo el padre comisario prosiguió su camino la vía de Nicaragua

Jueves quince de mayo, día de la ascensión del Señor, dijo misa el padre comisario en Elenuaiquín; acudieron a oírla los del pueblo y muchos indios de la comarca y algunos españoles que residen en las estancias de por allí, y después de haber comido y descansado hasta la tarde, salió de aquel lugar con una hora de sol, yendo en su compañía el guardián de Nacaome. Pasó allí junto al pueblo un río grande llamado de San Miguel y de Elenuaiquín, poblado de largartos y malo de pasar en tiempo de aguas, aunque entonces por no haber entrado se pasó por el vado bien y sin dificultad, y andadas seis leguas en que se pasan otros tres riachuelos y dos arroyos, llegó a una estancia llamada de Barrios. Guiáronle por aquel camino diciendo que se atajaba por él y que era mejor que el real porque no había por allí comenzado a llover, pero como no suele haber atajo sin trabajo, pasóle muy grande el padre comisario aquella noche; hacía una obscuridad tan negra que la guía de a caballo que le había dado perdió tres veces el camino, mas quiso Dios que apeándose y atentado con las manos le halló otras tantas; iba el camino por un valle angosto cercado de una parte y de otra de montes altos, y por esto y no



correr viento y estar el cielo muy nublado, hacía un calor tan excesivo que no se podía sufrir. Yendo ya muy cansado y necesitado de sueño, pareció venir un gran aguacero, y porque no le cogiese alargó el paso y recogióse en la estancia sobredicha de Barrios, y luego en llegando comenzó a llover muy recio y no cesó el agua hasta la mañana; duraría el llover más de cinco horas y todo este tiempo estuvo en el campo al agua fray Pedro Salgado, el lego, y dos o tres indios que iban con él, los cuales se habían quedado atrás y no pudieron llegar a la estancia hasta que fue de día; durmió allí un poco el padre comisario sobre un banco; el difinidor durmió en una barbacoa hecha pedazos, el guardián de Nacaome sobre un petate en el suelo; los demás sobre unas pajas y cañizos, y a todos supo bien el sueño.

Viernes diez y seis de mayo, por la mañana, salió el padre comisario de aquella estancia con una agua muy menuda, llevando otra guía de a caballo que dijo saber bien la tierra. Halló el camino muy lleno de agua, ciénagas, lodaceros y atolladeros, que por otro nombre se llaman tremedales, mesones y posadas, y viose en grande trabajo en pasarle. En uno de aquellos mesones se hundieron todas las bestias hasta las barrigas, pero todas salieron, excepto dos, que para que saliesen fue menester salir dellas los que las llevaban y embarrarse muy bien, pero ninguno recibió otro daño más que éste. Antes de llegar a aquel atolladero se pasan dos arroyos, y después dél un río grande y caudaloso llamado de Pazaquina o de Tzirama; pasóle el padre comisario tres veces en poco espacio: la primera vez pasó dos brazos en que va dividido y las otras dos todo junto cada vez; llegaba el agua a los bastos y así se mojó muy bien los pies y las piernas; antes de pasarle la última vez destas tres pasó por otra estancia que llaman de Vates, tres leguas de la de Barrios; pasada aquella estancia y el río hay unas malas ciénagas y un largo estero, el cual a la sazón estaba vacío y así le pudo pasar el padre comisario luego en llegando, y finalmente, andadas otras tres leguas, con un calor tan excesivo que a algunos quemó y desolló las manos y rostro, llegó muy fatigado y molido a un poblezuelo de seis o siete casas llamado Nicomongoya, de indios mangués, visita de nuestro convento de Nacaome y del obispado de Guatemala, los cuales, aunque pocos y pobres, le dieron de comer y le hicieron mucha caridad. Media legua antes de llegar a aquel pueblo se descubren, cerca del Mar del Sur, no lejos del camino, entre unos esteros y manglares, dos fuentes y manantiales de agua caliente, que continuamente están echando de sí humo. En aquel camino y por toda aquella tierra caliente, se hacen en tiempo de verano unas grandes y hondas hendeduras y aberturas con la excesiva fuerza y calor del sol, en las cuales en tiempo de aguas se



hunden las bestias hasta las cinchas, que no pequeña pesadumbre y trabajo causa a los caminantes; llámanse éstas sartenejas.

Los que en tiempo de aguas han de ir desde San Miguel o desde Elenuaiquín a Nicaragua, no toman ni llevan el camino que llevó al padre comisario, sino desde Elenuaiquín van a la estancia de Salaya a Omonleo, Tzirama y Amapal, y allí se embarcan para las islas de la Teca, desde donde van a desembarcar al estero del Viejo, que es ya en Nicaragua. Este camino trujo el padre comisario cuando volvió desde Nicaragua para Guatemala, por ser ya muy entradas las aguas, como adelante se dirá.

Sábado diez y siete de mayo salió el padre comisario de Nicomongoya, el sol algo alto, y no madrugó porque un río que se pasa allí junto que llaman de Huaxcarán iba muy crecido, de monte a monte, y no se podía vadear ni era seguro pasarle de noche por una canoa que allí tienen los indios, porque era muy pequeña; en ésta le pasó el padre comisario algo alto ya el sol, la cual era tan pequeña que no cabían en ella sino tres personas, dos frailes y un indio que la llevaba; todos pasaron poco a poco y después el hato, y últimamente pasaron las bestias a nado, y pasadas después muchas ciénagas con más lodo que el día antes, por estar más llovida la tierra, y cuatro esteros y tres o cuatro arroyos y últimamente un río caudaloso, llegó el padre comisario a un pueblo poco mayor que Nicomongoya, llamado Nacarahego, de los mismos indios mangues y del mismo obispado, visita también de Nacaome, cuatro leguas de Nicomongoya. Corre este último río por junto a las casas del pueblo y es caudal y poderoso, y aunque iba repartido en tres brazos, aconsejaron al padre comisario que no le vadease porque llevaba muy recia corriente y tiene muchas piedras, y así le pasaron los indios con mucho contento, amor y devoción en una barbacoa o zarzo sobre los hombros con mucha facilidad, sin que se mojase; después pasaron a su secretario y luego al guardián de Nacaome; los demás fueron río arriba a buscar otro mejor vado, por el cual le pasaron, aunque con peligro. Descansó el padre comisario en Nacarahego todo aquel día y hicieronle los indios mucha fiesta y caridad; lo mismo hicieron los religiosos de Nacaome que habían allí venido, que con su guardián eran tres.

Domingo diez y ocho de mayo dijo misa uno de los compañeros allí en Nacarahego muy de mañana; oyóla el padre comisario con los demás y los indios que habían de ir en su compañía y otros muchos del pueblo, y dejando allí al guardián de Nacaome para que dijese la mayor y se volviese a su casa, partió de aquel rancho ya salido el sol, y andadas tres leguas en que había muchas ciénagas, llegó a un bonito río que se dice Río Frío, donde se crían lagartos, y dejando una estancia un poco apar-



tada del camino a la banda del sur, pasó otro río de agua dorada y otro de agua caliente y otro riachuelo, y andadas otras tres leguas llegó a otro poblézuelo del mismo obispado llamado Ola, de indios ulúas, visita de clérigos, una legua de la villa de la Chuluteca, pueblo de españoles, que por otro nombre se llama la villa de Xerez. En aquel pueblo de Ola de siete o ocho casas, las cuales están fundadas en la ribera del Río Grande de la Chuluteca; descansó allí el padre comisario hasta la tarde y entonces comió y cenó todo junto, y queriéndose partir para pasar con tiempo el río sobredicho, vino una tempestad tan grande de truenos y relámpagos y un aguacero tan recio y deshecho, que a todos puso espanto y así detúvose por su respecto más de una hora; pero viendo que aflojaba el agua un poco se partió luego de allí para poder pasar el río antes que creciese con lo que arriba había llovido, y andado un buen trecho el río arriba llegó al vado, y encomendándose a Dios le pasó con los compañeros sin daño de ninguno, aunque todos iban con grandísimo temor porque aunque iba repartido en dos brazos y no llevaba agua demasiada, es tanta y tan recia y no menos arrebatada la furia de su corriente, que al más animoso hiciera temblar, especialmente por la fama que tiene de tener muchos y muy grandes lagartos y por representarles entonces que en él se había ahogado años pasados un fraile nuestro, sin otros muchos seculares que en él habían perecido. Pasado el río y dejando a la banda del sur una estancia que llaman Chamborote, que está en la misma ribera, y andada una legua, llegó a otra estancia, ambas de ganado mayor; pasó de largo, y andada otra legua llegó al anochecer a un poblécito de los mismos indios ulúas llamado Colama, visita de clérigos, de mismo obispado de Guatemala; halló todo el camino hecho un mar de agua y fuele lloviendo un agua muy menuda, con la cual llegó muy mojado y no pudo dormir ni sosegar en toda aquella noche, en la cual llovió muy mucho. Fue tan necesaria la diligencia y priesa que el padre comisario se dio aquella tarde a pasar el río, que si aguardara a otro día no le pudiera pasar en aquellos cuatro siguientes por la mucha agua que tomó con lo que entonces llovió.

Lunes diez y nueve de mayo salió de Colama al amanecer con un agua menuda, y andada como media legua por unas sabanas llenas de agua, llegó a un riachuelo y pasóle por el vado, y andadas otras dos leguas y media se halló en un razonable pueblo de los mismos indios ulúas y de la misma visita y obispado, llamado Santiago Lamaciuy. Pasó de largo, y pasado un arroyo allí junto a las casas, y andadas dos leguas llegó a una estancia que llaman de Zazacali, y habiendo cogido en ellas unas pocas de naranjas y limas, prosiguió su camino, y andada otra legua en que se pasan un arroyo y dos ríos, y el último tres veces, llegó como a las once

del día, muy cansado, a un pueblo pequeño de los mismos indios ulúas, llamado Zazacali, visita también de clérigos y el último de los del obispado de Guatemala. No había en el pueblo indios, que habían ido a sus milpas, y así no se halló buen recado ni aun razonable, pero el Señor proveyó de humildad y paciencia para poder llevar esta necesidad y trabajo.

[CAPÍTULO XXXIX]

*De cómo el padre comisario general llegó al obispado
y provincia de Nicaragua*

Aquel mismo lunes diez y nueve de mayo, por la tarde, salió el padre comisario de Zazacali, y pasado no lejos de las casas un riachuelo, comenzó a caminar por unas sabanas y dehesas entre muchas laderas y costanillas, y andada como media legua le cogió un aguacero, el más terrible y espantoso que hasta entonces en aquel viaje se había visto; duró casi una hora, y venía tan recio y eran las gotas tan gruesas y caían con tanta furia, que parecían piedra o granizo; no dejaba andar las bestias el agua, así la que caía del cielo con la furia del viento que la traía, como la que corría por aquellas laderas por el mismo camino, y junto con esto eran tantos y tan espantosos los truenos y relámpagos que ponían grandísimo miedo. Pasó esta tempestad y turbión dejando al padre comisario hecho una sopa de agua, y prosiguiendo su viaje, pasadas unas ciénagas y un arroyo y dejando a la banda del sur entre unos manglares unos nacimientos y fuentes de agua caliente y pasado un río grande que llaman de Condega, en el cual había muchos peces ojissaltados, grandes saltadores, que parecían que volaban, llegó puesto ya el sol a un pueblo pequeño no lejos deste río, de siete o ocho casas, llamado Condega, de los mismos indios ulúas, visita de clérigos, el primero de los del obispado de Nicaragua, tres leguas de Zazacali. Allí tuvo aquella noche muy mal albergue; pasóla sin dormir ni poder sosegar porque llegó muy mojado y no tenía ropa que mudar.

Martes veinte de mayo salió el padre comisario, luego que amaneció, de Condega, con un indio de a caballo por guía, y andada una legua pequeña por unas ciénagas secas, que a estar llovidas le pusieran en aprieto, llegó a otro bonito pueblo del mismo obispado de Nicaragua y de los mismos indios ulúas, llamado Zomoto, visita de padres mercenarios; pasó de largo y no lejos del pueblo pasó un río grande y de muchas piedras,